

16 Set. 76
17822

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

Y

ZARZUELAS BUFAS Y SÉRIAS,

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS.



2 236

MADRID.

ATOCHA, 87, PRAL., IZQUIERDA.
1875.

L47 - 6809

IMPRESION DE MARIANO

COMISION DE COMERCIO

LIBRERIA DE BARRAL Y SERRA

REPRESENTA CON EXITO

EN LOS LIBROS

DE MADRID Y PROVINCIAS



MADRID

ALVARO DE BARRAL Y SERRA

1874

LIV-5

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

A MADRID ME VUELVO,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe, el día
23 de Enero de 1828.

TERCERA EDICIÓN.

~~~~~  
OCHO REALES.  
~~~~~

MADRID:

IMP. DE G. ALHAMBRA, SAN BERNARDO, 73.

—
1876.

PERSONAJES.

D.^a CÁRMEN.....
D.^a MATEA.....
D. BERNARDO.....
BALTASAR.....
ESTEBAN.....
FELIPE.....
ABUNDIO.....
LAMPREA.....
CRIADOS.

ACTORES.

D.^a Agustina Torres.
Concepcion Velasco.
D. Antonio AVECILLA.
Luis Fabiani.
Pedro Viñolas.
Santiago Casanova.
Antonio Guzman.
José Cubas.

Key of 2292 lib 627

ACTO PRIMERO.

La escena es un pueblo de la Sierra de Cameros, en una sala baja de la casa de D. Baltasar, con muebles antiguos, dos puertas y una ventana que da á la calle.

ESCENA PRIMERA.

D. BALTASAR.

El huésped no se ha vestido,
y se va haciendo muy tarde. (*Mira el reloj.*)

Las siete.—Estos cortesanos
son lo mismo que las aves
nocturnas. Eh, no me admiro.
Después de un molesto viaje
por caminos tan perversos
y posadas tan fatales...

(*Mirando á la puerta del cuarto de D. Bernardo.*)

Hola! ha abierto la ventana
sin esperar que le llamen.
Vamos! No es tan perezoso
como creía.—Ya sale.

ESCENA II.

D. BALTASAR, D. BERNARDO.

BERN. Buenos días, Baltasar.

BALT. Felices. Qué tal el catre?

BERN. He dormido bien.

BALT. Me alegre.

Quieres tomar chocolate?

BERN. No. Mas bien almorzaria
otra cosa.

BALT. Muy bien haces.

El chocolate no es mas
que un despertador del hambre
y un lavatorio de tripas.
Este año, que soy alcalde,

he resuelto prohibirlo. (*Llamando.*)
Tío Lamprea!—Si te place
sentémonos: me dirás,
mientras de almorzár nos hacen,
qué poderosos motivos
á la montaña te traen
cuando menos te esperaba.—
Lamprea!—Como llegaste
tan cansado del camino,
y habia gente delante,
y eran ya más de las nueve,
nada quise preguntarte.—
Pero ese viejo maldito...
Lamprea!

LAMPR. (*Dentro.*) Ya voy.

ESCENA III.

D. BERNARDO, D. BALTASAR, LAMPREA.

LAMPR. Qué diantre!
Por qué grita usted?

BALT. Por qué
das lugar á que te llamen
tantas veces?

LAMPR. Yo no salgo
de mi paso, usted lo sabe.
aunque ardiera el universo.
Primero soy yo que nadie;
y hace usted mal...

BALT. Será cosa
de que ahora me regañes?

LAMPR. Es que á mí no se me trata
como á cualquier badulaque.
Entiende usted?

BALT. Basta ya.

LAMPR. Cuidado que no hay aguante...

BALT. Bien, hombre; tienes razon
ahora y siempre que me hables.
Dí á Gervasia que nos fría
unas magras con tomate,
y llena un par de botellas
de aquella cuba...

LAMPR. La grande?

BALT. Sí; y despacha; que yo tengo
que salir.

LAMPR. Voy al instante.

ESCENA IV.

D. BERNARDO, D. BALTASAR.

- BALT. Estos criados antiguos
se toman mil libertades;
pero á un hombre que es tan fiel
algo ha de disimularse.—
Con que establecerte piensas
en el lugar? Qué bien haces!
- BERN. Sí, que ya estoy fastidiado
de la Corte.
- BALT. Aquí los aires
son más sanos; las costumbres
más sencillas; aquí á nadie
se guarda contemplaciones
sino al cura y al alcalde;
aquí hay salud y apetito;
allá es un pobre petate
el mismo que aquí es feliz
con cuatro ó cinco heredades.
- BERN. Algunos son desgraciados
porque segundones nacen;
yo, al contrario, debo dar
muchas gracias á mi madre
porque tuvo la humorada
de parirme un poco tarde.
Quedamos huérfanos. Tú
el mayorazgo heredaste,
y yo á la edad de quince años
tuve á bien emanciparme.
Atravesado en un mulo
á Madrid hice mi viaje;
me recibieron de *hortera*
en la casa que ya sabes;
me porté bien; me estimaron;
mis salarios y mis gajes
dejé al riesgo del comercio;
crece mi peculio; cae
enfermo mi principal...
El médico era hombre grande!
Le mató de puro sabio.
Se hicieron los funerales;
dí en consolar á la viuda;
y ella, que era muy amable,
no tomaba á mal que yo

sus lágrimas enjugase.
Nos casamos; cerró el ojo
á las ocho navidades;
su heredero universal
me nombró, Dios se lo pague!
y me encontré millonario
yo que pocos años antes
no tenia sobre qué
caerme muerto. Al instante
el tráfico me aburrió
tan contrario á mi carácter.
No quise ver mi fortuna
expuesta á los huracanes,
los subsidios, las aduanas,
la guerra y el agiotaje:
y empleando mi caudal
en casas y en olivares,
que me dan muy buena renta
y cuestan pocos afanes;
jóven todavía, alegre,
sin familia y sin achaques,
en las olas de la Corte
bogó intrépida mi nave.—
La felicidad buscaba
con ansia por todas partes.
No perdonaba conciertos,
tertulias, suntuosos bailes,
espectáculos, banquetes...
Baltasar! todo era en balde.

*(El tío Lamprea va trayendo lo necesario para el desayuno
hasta dejar la mesa cubierta.)*

En cambio de algun placer
frívolo y poco durable,
siempre estaba atormentado
de disgustos y pesares,
y en mi corazon sentia
un vacío perdurable.
Mis queridas todas eran
ó coquetas, ó venales;
y entre cien aduladores
que me chupaban la sangre,
ni un solo amigo contaba
que por mí propio me amase.—
Fuera de aquí, dije un dia.
En las grandes capitales
buscar la dicha es error.
Hallarla será más fácil

en la pacífica aldea.
No en vano tanto la aplauden
los poetas, y mil pestes
nos dicen de las ciudades.
Tomé un coche de colleras
y emprendí alegre mi viaje
al lugar donde nací,
deseoso de abrazarte,
y pasar contigo el resto
de esta vida miserable.

BALT. Eres un héroe, Bernardo.
Deja que otra vez te abrace.
La Corte es un laberinto;
es una casa de orates;
un infierno.

BERN. Oh! sí, un infierno.
Si entramos en el exámen
de los vicios infinitos
que la hacen abominable,
te aseguro...

LAMPR. Cuando ustedes
quieran, pueden acercarse. (*Váse.*)

BALT. Vamos allá. (*Se sientan á la mesa.*)
Te haré plato.

BERN. Yo me lo haré, no te canses.

BALT. Como quieras.—Al principio
es muy natural que extrañes
el lugar. Aquí no tienes
aquellas comodidades
de la Corte. Los paseos...

BERN. Paseos? Qué disparate!
no se pasea en Madrid
aunque el médico lo mande;
se rabia. Fuera de puertas,
ya que nada de agradable
ni de ameno tiene el campo,
al menos, es puro el aire;
pero desdeña el buen tono
lo que alegra á los gañanes.
Cuánto mejor es el Prado!
Allí se lucen los trajes;
allí se arman las intrigas,
y se disponen los bailes;
se corteja á las muchachas;
se hace burla de las madres;
se critica á los de atrás;
se pisa á los de delante.

Ya te llama la atencion
aquel delicado talle
donde la naturaleza
gime víctima del arte:
ya el cabello de Belisa...
que se lo debe á un cadáver;
ya la blancura de Anarda
que encarece el albayalde.—
Quién se apea de aquel coche?
La marquesa del Ensanche,
que antes de ayer fué modista.
Quién es aquel botarate
que talarea entre dientes
un ária de *Mercadante*,
y va saludando á todos
aunque no conoce á nadie?
Es el hijo de un fondista
que vino aquí desde Flandes,
y dando gato por liebre
llegó á hacerse un personaje.—
Qué Babilonia! Qué pol vo!
Qué divertido contraste
hacen aquellos galones
y aquel lacónico fraque,
con los andrajos hediondos
de aquel intonso pillastre
que va vendiendo candela!
Y el ruido de los carruajes;
el guirigay de la gente;
aquel continuo rozarse;
y al lado de Apolo, el númen,
el creador de las artes!
aquel batallon de sillas
tan prosáicas, tan infames...
Uf! Quita allá. De pensarlo
me están temblando las carnes.

BALT.

Pero las buenas tertulias
ese fastidio resarcen;
y en Madrid...

BERN.

Reniego de ellas.

Algunas hay regulares;
pero la etiqueta, el tono
las hacen insoportables.
En otras mandan en jefe
lechuguinos y pedantes;
y el que no gasta corsé
y, aunque fino en sus modales,

no baila cuando saluda,
ni pone en boga á su sastre,
en un rincon bostezando
hace un papel despreciable.
En otras de dos en dos
se acomodan los amantes,
requebrándose al oido
sin hacer caso de nadie;
y el pobre número impar
espera á que haya vacante,
jugando á la perejila
con las feas y las madres.
Por ultimo, en todas ellas
el que no baila es un cafe;
el que no canta, un caribe;
el que no juega, insociable;
el hombre formal se aburre,
y los tontos se distraen.
Por fortuna allí hay teatros,
y, por no mortificarte,
muchas noches...

BALT.

BERN.

No he perdido
funcion; pero en todas partes
me han perseguido los necios.
Gastaba mis doce reales,
y pico, con el objeto
de instruirme y recrearme;
pero en vano muchas veces.
Ahora un lampiño elegante
flecha el antejo en un palco,
y me pisa al perfilarse.
Poco despues, y en la escena
tal vez más interesante,
llora en la cazuela un niño.
No bien se logra que calle,
dos títeres, que me puso
mi mala estrella delante,
á media voz deletrean
la traduccion en romance
de una ópera italiana;
y despues que ni una frase
de la comedia han oido,
dicen que es abominable.
Nunca me falta un moscon
que con preguntas me balde.—
Qué funcion hay en la Cruz?
Qué sueldo tiene *Vaccani*?

Cuáles son los privilegios
de las damas y galanes?
Qué sainete hacen? Vió usted
hacer el *Otelo* á *Maiquez*?
Otro, incomodando á todos,
y solo porque reparen
en él, viene á su luneta
poco antes del desenlace;
y si silban los de al lado,
silba; si aplauden, aplaude.
Otro... Vamos, no hay paciencia.
Concluyo con afirmarte,
que el hombre recto y juicioso
en la Corte vive mártir. (*Se levantan.*)

BALT. Bien dices.—Aquí estás libre
de esas incomodidades.

No hay paseos, ni teatro,
ni *óperas buffas*, ni bailes,
ni tertulias...

BERN. Cómo es eso?

Pues las noches perdurables
del invierno en qué se pasan?
La poblacion no es muy grande,
pero siempre habrá á lo ménos
diez familias principales
que podrian reunirse...

BALT. Ya se vé; si no mediasen
pleitos, chismes, etiquetas...

No hay dos casas que se traten.
Pero esto á mí qué me importa?

Yo no necesito á nadie.
Cada uno en su casa, y Dios
en la de todos.

BERN. No obstante,
la sociedad...

BALT. Esa fruta
no se come en los lugares;
pero no faltan placeres
que suplan...

ESCENA V.

D. BERNARDO, D. BALTASAR, D. ARUNDIO.

ABUN. Inclito alcalde;

dilectísimo Mecnas
de este respetuoso vate,
buenos dias. En las casas

que llaman consistoriales,
el senado reunido,
permítaseme esta frase,
espera á su presidente.
BERN. (Calla! Tambien hay pedantes
en la Sierra?)

ABUN. Yo, no digno
secretario...

BALT. Que se aguarden
un momento. Pronto voy.

ABUN. Así al regidor Pelaez,
á quien por antonomasia
el vulgo llama *Tres-panes*,
nuncio fiel se lo diré.

Pero puedo gratularme
con la plácida esperanza
de obtener, de mis afanes
optado premio, el empleo
de sacristan y sochantre
de esta poblacion, que vaca;
es decir, que está vacante
por súbita defuncion

BALT. de don Ciriaco Gonzalez.
La plaza será de usted.

En mi proteccion descanse.

ABUN. No tantas el turbio Reno,
no tantas el ancho Ganjes
arenas cria, ni tantos
cándidos sobre los Alpes
de frígida nieve copos
el torvo Aquilon abate;
como yo beatos dias
á usted le deseo. Salve!

ESCENA VI.

D. BALTASAR, D. BERNARDO.

BERN. El hombre es original!
Se entiende aquí ese lenguaje?

BALT. No por cierto. Yo estudié
metafisica en Irache;
y cuando habla, casi siempre
me quedo en ayunas. Sabe
mucho el señor don Abundio!

BERN. Se conoce.

BALT. El hombre grande
siempre se verá abatido.

Creyó poder sustentarse
en Madrid con sus talentos.
Escribió varios romances,
sainetes, discretos motes
para damas y galanes,
y qué sé yo cuántas cosas?
pero se moria de hambre
el bueno de don Abundio;
porque en este siglo infame
dice que son muy contados
los que quieren ilustrarse,
y nada impreso se vende
à excepcion del almanaque.
Por fin, viéndose aburrido
el pobre, tomó el portante;
y, con recomendacion
de no sé qué personaje,
de dómine y fiel de fechos
aquí logró acomodarse.

BERN. Hola! Grande adquisicion
para el lugar!

BALT. Admirable!
El hace los villancicos
cada año por Navidades.

BERN. Oh! Pues teneis una viña
con él.

BALT. Yo lo creo!

BERN. Y Cármen,
tu hija?

BALT. Está en su tocador:
voy à decirla que baje.

BERN. No; no la incomodes. Ella
bajará. Puedo engañarme,
però me debe muy buen
concepto. Son sus modales
finos sin afectacion...

BALT. Si ha estado en Soria, quién sabe
cuánto tiempo? con su tia
la comisaria!

BERN. Es amable;
no es verdad? y muy modesta.

BALT. Oh! y muy linda. Toda al padre.

BERN. Ya habrás pensado en casarla.

BALT. Y con ventajas muy grandes.

BERN. Me alegro.

BALT. El mozo es muy rico;
de esclarecido linaje;

- BERN. cristiano viejo...
Muy bien.
Y Cármen?...
BALT. Hombre muy hábil
para la vihuela.
BERN. Siendo
á gusto...
BALT. No hay quien le gane
á tirar la barra.
BERN. Y ella?...
BALT. Un muchachon que no cabe
por esa puerta.
BERN. La chica
le amarà...
BALT. Pues no ha de amarle?
Eso se supone; y luego...
basta que yo se lo mande.—
Pero me están esperando.
Adios, Bernardo. No extrañes
que te deje. Hoy es la fiesta
del pueblo; y como yo falte,
nada se hará con concierto.
Hay funcion de iglesia en grande,
y procesion, y novillos,
árbol de pólvora, baile,
rifas, gaita zamorana...
Mandaré por tí al instante
con el dómine, y verás
cómo te diviertes!—Cármen!
No bajas?—Vaya, hasta luego.

ESCENA VII.

DON BERNARDO.

Mucho voy á fastidiarme
en un pueblo donde no hay
sociedad... Pero es tan grave
esta falta, que no pueda
de mil modos compensarse?
Sobre todo, aquí habrá paz;
y sin intrigas ni fraudes
como en Madrid...

ESCENA VIII.

D. BERNARDO, CÁRMEN.

CARM.

Buenos dias,
tio Bernardo.

- BERN. Dios te guarde,
Carmencita.
- CARM. Ha descansado
usted?
- BERN. Sí, hermosa. No sales
tú á ver la fiesta?
- CARM. Soy poco
amiga de semejantes
funciones. Muy tempranito
fui á misa; y prefiero estarme
leyendo en casa.
- BERN. Mi hermano
me ha dicho que va á casarte
muy pronto.
- CARM. (Ay Dios!)
BERN. Con un jóven
poderoso, de la sangre
azul, buen mozo...
- CARM. Sí; es cierto:
padre quiere que me case...
Y á tí no te pesará?
- BERN. A mí....
- BERN. Teniendo ese talle,
y esa cara, y esos ojos,
harto será que tú trates
de ser monja.
- CARM. No por cierto;
porque al fin en todas partes
se puede servir á Dios;
pero...
- BERN. Te turbas, y casi
lás lágrimas se te saltan?
Carmencita, no me engañes.
Yo no soy preocupado.
No puedo aprobar que un padre
por su capricho, ó tal vez
por el interés infame,
á sus hijos tiranice.
Tú eres la que ha de casarse,
y no mi hermano. Formar
delante de los altares
un nudo que solo puede
en la tumba desatarse.
es negocio muy formal.
- CARM. Ah! Si mi padre pensase,
como usted... no me vería...
- BERN. Con que es decir que ese enlace

CARM. repugna á tu corazon?
Preciso es que lo declare:
seré muy desventurada
si me obligan á casarme
con ese hombre; pero debo,
aunque con la vida pague,
obedecer.

BERN. Poco á poco.
Será lo que tase un sastre.
Estoy aquí yo, y primero
he de sufrir que me empalen.
Pues no faltaba otra cosa!

CARM. Mi padre es inexorable,
y en vano...

BERN. Nada me ocultes.
Hay en campaña otro amante?

CARM. Señor!...

BERN. No te dé vergüenza.
Voto va á cribas! No claves
los ojos en tierra.

CARM. Pero...
qué empeño de sofocarme!

BERN. Un amor honesto y puro
nada tiene de culpable
si el objeto lo merece.
Soy muy indulgente. Es muy fácil
que yo tambien me enamore,
que aun soy de recibo. El mártes
cuarenta años cumpliré.
Si yo me confieso frágil,
cuanto más deberá serlo
una niña?

CARM. Tio, un ángel
aquí le ha traído á usted
para protegerme. A nadie
sino á usted revelaría
mi oculto amor, mis pesares.
Un jóven, no acaudalado
en verdad, pero...

BERN. No pases
adelante, que ya viene
el preceptor á buscarme.
Hablabamos más despacio.

ESCENA IX.

CÁRMEN, D. BERNARDO, D. ABUNDIO.

ABUN. Me envía el señor alcalde...

BERN. Ya sé. Me voy á vestir.
Soy con usted al instante. (*Entra en su cuarto.*)

ESCENA X.

CÁRMEN, D. ABUNDIO.

ABUN. Mi sitibunda pasion,
que al de Tántalo equivale,
si bien la juzgo suplicio,
bendice el grato mensaje
que ofrecerte me procura
mis humildes homenajes.
Mis homenajes humildes,
que no así la que de un áspid,
egipcia reina, fué presa;
ni en la que redes de alambre
el unipedo Vulcano
encerró cuando *in fraganti*
en los brazos de Mavorte
estando la luna en Aries.

CARM. Si no me habla usted más claro,
excusado es que se canse.
No entiendo esa algarabía.

ABUN. Tienes cuarenta quintales
de razon. Una muchacha
que es bonita como un ángel;
graciosa como ella sola;
con unos ojos capaces
de abrasar, no digo á mí
que soy de hueso y de carne,
sino al mismo mar glacial,
no necesita quemarse
las pestañas, estudiando
la prosodia y la sintáxis.
Por tanto en vulgar estilo,
aunque las musas me arañen,
digo que por tí me muero;
y que ni el troyano Páris,
ni Pirro, ni Marco Antonio...

CARM. Si usted pretende mofarse
de mí...

ABUN. Yo mofarme? Caigan
sobre mí montes y mares
si no es cierto...

CARM. Bien; lo estimo.

ABUN. Y no más? Crudo desaire

que es mi sentencia de muerte!
Y es justo que me desbanque
el imbécil don Estéban?

CARM. Si en mi voluntad mandase,
lejos de ser su mujer...

ABUN. Qué escucho! Oh! Jove! Renace
mi agonizante esperanza.

Es cierto que ese elefante,
ese avestruz con patillas
no merece que le ames?

Siendo así, quizá sucumba
al amor que me inspiraste
ese corazón de acero.

Oh! Plegue á Dios que se ablande!

Y desde el lapón conciso
hasta la eritréa Gades,
el más plácido y feliz
seré yo de los mortales.

No consientas que al altar
ese mastuerzo te arrastre,
más como víctima pingüe
que como consorte amante.

No tu alabastrina mano
á la de un bruto se enlace.

Dígnate aceptar la mía;
dígnate *exaudir* mis ayes;
que si no puedo ofrecerte
riquezas y dignidades,

mi sabiduría inmensa,
mi facundia inagotable,
si en oscura no la sume
tu desden hórrida cárcel,
de mi númen los prodigios,
de mi vena los raudales...

Te ries? Fausto preságo!

Ah! Mirame, dulce Carmen,
extático y genuflexo...

CARM. Que hace usted?

ABUN. Oh! No te apartes.

Permite que de tus manos
en las ebúrneas falanges
del venerando Himeneo
el ósculo tierno estampe,
y mi delirio...

(*La sigue de rodillas, y en esta aptitud le sorprende don Estéban, que entra sin quitarse el sombrero, vestido como señorito de lugar, con grandes patillas, y un cigarro en la boca.*)

que tolere en adelante
otro amor que el de su novio;
no porque ese ruin abate,
figura de friso antiguo,
sea capaz de inquietarme.

ABUN. (Qué escucho? ¡Oh tempora! ¡Oh mores!
¡Quantum in rebus inane!)

ESTEB. Pero...

CARM. Señor don Esteban,
me es desconocido el arte
de fingir. Si Dios no quiere
que mis lágrimas alcancen
piedad de un padre cruel,
podrá usted vanagloriarse
de ser dueño de mi mano...

ESTEB. Oh! Si.

CARM. Pero, aunque me maten,
jamás de mi corazón.

ESTEB. Eh, todo eso nada vale.

Usted me querrá, y tres más.
Yo no soy de esos amantes
débiles que, aunque de injurias
y de desprecios los hartan,
adulan á sus queridas,
las miman y las aplauden.

(Se pasea sin hacer caso de don Bernardo, que sale ya vestido
y se le queda mirando.)

ESCENA XII.

CÁRMEN, D. ESTEBAN, D. ABUNDIO, D. BERNARDO.

ESTEB. Sí; pues bonito soy yo!
No hay en la provincia un jaque
que tosa donde yo toso,
y tengo de sujetarme
al capricho de una niña?
Si otros maricas se abaten,
qué importa? Yo soy muy hombre;
y tengo cuarenta pares
de mulas en mi labranza;
y se pierde en los anales
mi nobleza, y tengo tres
capellanías de sangre;
y muchas prerogativas;
y...

BERN. (Aparte con Cármen.)
Quién es ese salvaje,

- sobrína?
CARM. Quién ha de ser?
Mi novio!
- ESTEB. Y á centenares
tengo yo novias mas ricas,
y de más rancio linaje,
y mas hermosas tambien,
que quisieran atraparme.
Pero no se ha de decir
que un hombre de mi carácter
ha llevado calabazas.
Yo sostendré á todo trance
mi empeño; y me casaré,
y usted, y todo el lugar;
y...
- BERN. Eso no será tan fácil
viviendo yo...
- ESTEB. (*Sin oír á don Bernardo.*)
Y ha de haber
la de Dios es Cristo si alguien
lo estorba. Está usted? Que yo
de bien á bien soy un ángel;
pero de mal, no hay
quien se me ponga delante.
Soy hombre que tengo puños,
y pobre del que yo agarre
del pescuezo!...
(*Lo hace con don Abundio.*)
- ABUN. Ay! Ay! Sí; bast
que usted lo diga.
- ESTEB. Es que nadie
se atreverá ..
- ABUN. Por supuesto.
Todos aman su gaznate,
y...
- ESTEB. Es mucha fuerza la mía.
ABUN. Quién lo duda? Formidable!
Es usted un cananeo;
es usted un abencerraje,
un Hércules; un Sanson;
y no hay en los arenales
del África, un dromedario
que con usted se compare.
Jamás...
- ESTEB. Dómine de viejo,
calle usted y no me enfade.—
Qué hace usted aquí?

ABUN.

Yo aguardo

al señor para llevarle
á la fiesta del lugar,
de órden del señor alcalde;
pero si le estorbo á usted
le iré á esperar á la calle.

BERN.

No hay para qué. Ya nos vamos.

(*Aparte con Cármen.*)

Tu sube á tu cuarto, Cármen;
que este novio es muy cerril.

CARM.

Tío, no me desampare
usted...

BERN.

Anda: no te apures. (*Vése Cármen.*)

Oiga usted, señor alarbe,
el de las ochenta mulas,
si no quiere granjearse
el ódio de mi sobrina
tenga mejores modales.
Yo no soy hombre de puños
como usted dice, ni jaque,
ni perdonavidas; pero
tengo bastante carácter
para obligarle á guardar
mas respeto á estos umbrales,
ó de lo contrario, hacer
que por la ventana salte.

ESCENA XIII.

DON ESTEBAN.

Cómo es eso? Oiga usted... Vaya
una cara de vinagre!
Oh! Y yo le veo resuelto...
A fé de Esteban Oñate
que me ha cortado el tal tío.
Yo no soy ningun cobarde;
pero, como no estoy hecho
á que me hable gordo nadie,
confieso... Eh, nada me importa
que murmure y amenace,
Don Baltasar me ha elegido
por yerno; soy el *tu autem*
del pueblo; él es temerario
y le soplará en la cárcel;
si estorbar quiere la boda;
y si acaso no lo hace
por ser un hermano suyo,

nada me será más fácil
que encomendar mi venganza,
á cuatro ó cinco jayanes
que le derrienguen á palos
al revolver una calle.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL TIO LAMPREA.

Bien dije yo que sin palos
no acabaría la fiesta.
No lo han de contar por gracia
los mozos de Valdearenas,
y mas estando por medio
el terrible don Esteban.
Si no fuera por lo mucho
que ya los años me pesan,
tratándose de la honra
del lugar, el tío Lamprea
no estaría entre paredes
cuando los demás pelean.

(Mira por la ventana.)

Oh! Aquí tenemos al novio
que viene echando centellas.
Rabiando estoy por saber
en qué paró la refriega.

ESCENA II.

DON ESTEBAN, LAMPREA.

ESTEB. Victoria por Peña-aguda!
Los de la vecina aldea
por los barrancos abajo
corren que el diablo los lleva.

LAMPRA. Me alegre.

ESTEB. Porque han tenido
este año buena cosecha,
nos han querido afrentar!
Pero no hay miedo que vuelvan
á habérselas con nosotros.
Bien escarmentados quedan.

LAMPRA. Y por qué ha sido la riña?

ESTEB. Yo te diré. En la taberna se juntaron unos cuantos con los de acá. Un tal Ortega, á quien llaman los de allá por mal nombre Comadreja, con el hijo del herrero, no sé sobre qué materia, parece ser que ha tenido una disputa. Babieca, que me lo vino á contar, dice que el de Valdearenas es quien tenia razon, pero por qué ha de tenerla siendo forastero?

LAMPR.

Ya!

ESTEB.

Al instante en la contienda tomaron parte unos y otros como es justo; y si no fuera porque pasó por allí el síndico Juan de Urrea, no sé en qué hubiera parado. Los apaciguó; y en prueba de quererse hacer amigos, á pesar de su pobreza, convidaron los de acá á los de allá por su cuenta. Los de acá de buena fé bebian largo y sin rienda; pero los de allá... Me entiendes?

LAMPR.

ESTEB.

Sí; no pierdo ni una letra. Los de allá, haciendo desprecio de los de acá, y con la idea de avergonzarlos sin duda, bebian poco y con flema. Los de acá disimulaban, porque tienen mas prudencia que los de allá. Llega el caso de ajustar por fin la cuenta, y en pagar por los de acá todos los de allá se empeñan. Este era ya mucho insulto: los de acá no lo toleran; enarbolan los garrotes y anda la marimorena. Ofendidos los de allá quieren hacer resistencia, pero los de acá...

ESCENA III.

DON ESTEBAN, LAMPREA, D. BALTASAR.

- BALT. Ya el pueblo
tranquilo y triunfante queda.
Cuatro de los enemigos
menos ágiles de piernas,
han caído en mi poder,
y ya en la cárcel se ospedan:
por señas que el uno de ellos
tiene abierta la cabeza.
Los demás huyeron todos.
- ESTEB. Y si no, que se estuvieran
por acá; que yo les juro...
- BALT. Los prisioneros de guerra,
si no pagan una multa
para reparar la iglesia,
calabozo y grillos tienen
lo menos hasta cuaresma.
Debia estar ya empezada
la sumaria; mas no encuentran
en todo el lugar al bueno
de don Abundío.
- ESTEB. Sí! Apenas
olió el peligro, escapó
mas ligero que un cometa,
y puede que de correr
no haya parado á esta fecha.
- BALT. Pobre dómine!
- ESTEB. Estos sábios
me estomagan; me revientan.
Siempre hablando del desprecio
de la vida, y cuando llega
la ocasion de aventurarla,
consultan á la prudencia.
Y dale con la virtud;
y vuelta con la grandeza
de alma; y la filosofía;
y la farmácia; y las... esas
palabrotas que ellos dicen;
mas nunca hacen cosa buena.
- BALT. No: todos no están cortados
por una misma tijera;
y, aunque rara vez del docto
la estravagancia se aleja,
siempre es útil...

ESTEB.

Qué ha de ser?

Lo cierto es que los desprecia
todo el mundo; y casi siempre
andan á sombra de teja;
y nunca tienen salud,
ni proteccion, ni pesetas.
Vea usted si yo estoy gordo;
y todo el mundo me obsequia;
y siempre alegre y de broma.
Qué falta me hacen las letras?
Maldita. — Esto no es decir
que por un bruto me tenga.
Yo sé leer de corrido;
escribir; las cuatro reglas
de cuentas; y todo el *Fleuri*;
y he leído las novelas
de *doña Maria Zayas*;
y el *Bertoldo*; y la *Floresta*
española; y el *Lunario*
perpétuo y muchas comedias
de esas que todas principian
con *Arma! Arma! Guerra! Guerra!*
Y aquí donde usted me vé
ya sé tañer la vihuela
con mas primor veinte veces
que el barbero que me enseña.

LAMPR.

Y sobre todo, el fandango
y la jota aragonesa.

ESTEB.

Y hago siempre de *traidor*
en las comedias caseras;
y la aldea se alborota
cuando canto la rondeña;
y tengo yo cierta gracia
natural, cierta agudeza...
No es verdad?

BALT.

Sí.

ESTEB.

Y en fin, tengo

diez mil ducados de renta. —
Mas con tantas campanillas,
tanto aquel, tantas riquezas;...
escandalicese usted;
no falta quien me desprecia.

BALT.

Quién se atreve á despreciar
al inclito don Esteban!
Nombre usted al temerario:
haré que en la cárcel duerma.
Ó soy alcalde, ó no soy.

ESTEB. Pues vengue usted mis ofensas.
Su hija de usted no me quiere
por marido.

BALT. Se chancea
usted?

ESTEB. Qué he de chancearme?
Con la mayor desvergüenza
me lo ha dicho.

BALT. No hay cuidado.
Yo la haré entrar por vereda.

ESTEB. Eh, yo en parte la disculpo;
que al fin es una tontuela,
y no sabe cuánto vale
un marido de mis prendas.

BALT. Pero; es posible...

ESTEB. A quien yo
tengo tírria, no es á ella,
sino á su hermano de usted
porque ha dado en protegerla.

BALT. Mi hermano? Quién le ha mandado
que en mis asuntos se meta?
Le diré cuántas son cinco;
que á mí nadie me gobierna.
Pues no faltaba otra cosa!
Y en cuanto á Cármen... Lamprea,
que baje aquí...

ESCENA IV.

D. ESTEBAN, D. BALTASAR, LAMPREA, D. BERNARDO.

BERN. Te has lucido,

Baltasar. No lo creyera
á no haberlo visto. Así
el empleo desempeñas
de alcalde? A los forasteros
así acojes en tu aldea?

BALT. Estamos frescos! ¿Es cosa
de que tú me reconvengas?

BERN. Que hiciera esos desatinos
un alcalde de montera,
pase; pero tú! Estar viendo
que sin razon apalean
á los pobres aldeanos
que vienen á honrar la fiesta,
y perseguirlos, en vez
de castigar la insolencia
de tus convecinos! Vaya;

ó has perdido la chaveta,
ó la vara que te han dado
deshonrada está en tu diestra.

BALT. Yo de mis operaciones
no tengo que darte cuenta,
y si hemos de estar en paz
modera un poco tu lengua.

BERN. Modera el orgullo tú,
y no con tal imprudencia
de la autoridad abuses.

BALT. Pero á qué tanta pamema?
Qué ha habido para que así
te alborotes?

BERN. Friolera!

Por pagar ó no pagar
el gasto de la taberna,
andar á palos dos pueblos!

BALT. Toma! Y que funcion de aldea
no se acaba á garrotazos?
Aquí ya nadie se altera
por semejante bicoca.
El año que no hay pendencia,
que sucede rara vez,
es tan insulsa la fiesta!
Gracias que no ha habido muertes
como en Julio por la feria.—
Estos hombres de la córte,
tanto como cacarean,
parece que no han vivido
entre gentes.

BERN. No hay paciencia
para tal barbaridad!

Despues que los atropellan
sin motivo, á los que prendes
en una cárcel encierras?
Qué horror! Las pobres familias
que con sus brazos sustentan,
porque tú eres testarudo
será justo que perezcan?

BALT. Pues bien; que paguen la multa
y se vayan á su tierra.

BERN. Si en eso solo consiste,
yo la pago. Libres sean.

BALT. Ya que eres tan generoso,
págala tú en hora buena.
Despues iré yo á mandar
que los suelten. Me interesa

zanjar primero otro asunto
que me toca más de cerca. (*A Lamprea.*)
Anda: di á Carmen que baje
al instante.

LAMPRA. (Ahora es ella.)

ESCENA V.

D. BERNARDO, D. BALTASAR, D. ESTEBAN.

BALT. Ya te dije esta mañana
que he resuelto establecerla
con un jóven del lugar,
que á su gallarda presencia
une ilustre nacimiento,
gracia, talento y riquezas.

ESTEB. El señor me hace justicia.

BALT. Parece que tú aconsejas
á Carmen que se desvíe
de la voluntad paterna,
y eso es una iniquidad.

BERN. Iniquidad más horrenda
es obligarla á una boda
que su corazón detesta,
y que pudiera tener
muy fatales consecuencias.
Por qué, en vez de consultar
el interés que te ciega,
no consultaste de tu hija
el gusto y la conveniencia,
antes de ofrecer su mano
á quien es indigno de ella?

ESTEB. Indigno yo?... Estamos bien!
Pues no ha dado en mala tema
el hombre? Me meto yo
con usted para que venga
á insultarme? Pues si á mí
se me atufa la mollera...

BERN. Hará usted probablemente
lo que hizo Cascaciruelas.
Un dómine hambriento, un pobre
sumergido en la miseria,
á quien puede usted privar
del jornal que le alimenta,
no es mucho que se acoquine
cuando usted jura y gallea,
señor maton; pero yo,
gracias á la Providencia,

ni necesito de usted,
ni le temo.

BALT. Don Estéban,
aquí solo mando yo.
Poco importa que él se meta
en camisa de once varas
si usted con mi apoyo cuenta.
La chica se casará...
Oh! Aquí viene.

ESCENA VI.

D. BERNARDO, D. BALTASAR, D. ESTÉBAN, CARMEN.

BERN. (*Aparte con Carmen.*)
Ten firmeza.

No des tu consentimiento.
Yo tomaré tu defensa.

CARM. (No sé si tendré valor...)

BALT. Qué le dices á la oreja?
Ya lo comprendo. La animas
á faltarme á la obediencia.
Será en vano.—Ven acá.

Presumes que haya en la tierra
quien te ame como tu padre?

CARM. Yo... no, señor.

BALT. Por qué tiemblas?

CARM. (Triste de mí!)

BALT. Que otro afan
dia y noche me desvela
sino asegurar tu dicha?

CARM. Es justo que así lo crea.

BALT. Los buenos hijos á un padre
profundamente respetan;
no examinan sus preceptos
y le obedecen á ciegas.

BERN. No, señor; que puede haber
excepciones de esa regla.
Tampoco es razon que un padre
en tirano se convierta;
y cuando...

BALT. Quieres callar?

ESTEB. No ve usted yo con qué flema
me estoy, y espero tranquilo
á que dicten mi sentencia?
Y eso que, hablando en verdad,
ya estoy cargado de esteras,
porque á un hombre como yo

no es razon se le entretenga
tanto tiempo; que más hago
en casarme yo con ella,
que ella... Está usted? Porque al fin
hay alguna diferencia
de casa á casa; y quizá
cuando mi madre lo sepa...
porque... como dijo el otro...

BERN.

Vaya unas explicaderas!
Vamos; prosigue. (Mal fin
va á tener esta contienda.)

BALT.

Yo no te mando arrojarte
en un pozo de cabeza.
Te mando tomar marido:
y son pocas las doncellas
en el día, que hacen ascos
á una ley tan lisonjera.

CARM.

Yo no me opongo á casarme;
pero en una edad tan tierna...
ya vé usted; diez y siete años
cumplí por la primavera.

BALT.

Edad más que suficiente
para que pagues tu deuda
á la pátria; que no es cosa
de jugar á las muñecas
la que ya puede ser madre.

ESTEB.

Ya se vé; y usted es muy bestia...

BALT.

Cómo!

ESTEB.

No hablo con usted. —

Si quiere estarse soltera
teniendo un novio de á fólio
ahora que tanto escasean.

BALT.

Don Estéban hace días
que ser tu esposo desea.
El ya te lo habrá insinuado.

ESTEB.

Qué, me muerdo yo la lengua?
Se lo he dicho veinte veces.
Primero haciéndole señas;
en seguida de palabra;
y despues con una esquila;
y con la guitarra luego;
que ha sido mucha fineza
estarme desgañitando
tantas noches en su reja.

BALT.

Me pidió tu mano en fin.
Yo, viendo entrar por mis puertas
tanto bien, y como nunca

me ha pasado por la idea
que á lo que mande tu padre
capaz de oponerte seas,
sin decirte nada, vine
en aceptar sus ofertas.

BERN. Mal hecho. Eso no es casarla:
eso es...

BALT. Qué? Vames. Venderla.
BERN.

Pero me han de hacer pedazos
primero que lo consienta.

BALT. Hombre, no nos interrumpas.
Deja que responda ella.—

Cármén, ya te has enterado
de mi voluntad suprema;
y no la revocaré
si todo el mundo se empeña.

Ahora háblame sin rodeos. . .

Vaya, el casamiento aceptas,
ó no? No digas despues
que te he casado por fuerza.

BERN. Qué ha de decir la infeliz
despues que tú...

BALT. Qué molestia!

No la dejarás hablar?—

Vamos, hija; con franqueza.

El esposo que te ofrezco
es de tu gusto? En la tierra
no hay un mozo tan bizarro
ni que mejor te merezca.

El te ama...

CARM. Será verdad;

pero dónde está la prueba?

Ha usado siempre conmigo
de expresiones tan groseras,
y tiene un modo tan tosco
de enamorar...

BALT. Bagatela.

Se conoce que en amor
tienes muy poca experiencia;
de lo que me alegro mucho.

Así tú llamas rudeza
á la amable sencillez,
y al donaire desvergüenza.

ESTER. Y en fin, en esto de amores
cada uno tiene su escuela.
No es cierto, don Baltasar?

Si otros títeres banean,
ya le he dicho á mi futura
que esto para mí no es regla.
Yo no sufro que mis novias
por su juguete me tengan,
y á las primeras de cambio
les acuso las cuarenta.

BALT. Con que vamos; yo supongo
que amarás á don Estéban...

CARM. Señor!..

ESTEB. Si es cierto que me ama,
lo disimula.

CARM. Quisiera

poder complacer á usted
y á mi padre; pero es fuerza
hablar claro, y sin rodeos,
puesto que así me lo ordenan.

BERN. *(En voz baja.)* Buen ánimo! Así va bien.

CARM. Jóvenes hay en la Sierra

que pudiera hacer felices
el señor con sus riquezas.

Mi padre lo pasa bien,

y soy única heredera.

Así no debo esperar,

si mi vida le interesa,

que me sacrifique.

BALT. Cómo!...

Qué avilantez! Que soberbia!

Con que es decir?..

BERN. Es decir

que ya puede don Estéban

buscar novia en otra parte.

BALT. Contra un padre te rebelas?

Vive Dios, ingrata!..

ESTEB. Duro!

BERN. Perdónala. Ten prudencia.

BALT. No sé cómo no te mato.

CARM. Padre!

BALT. Jamás en tu lengua

vuelva á sonar ese nombre.

CARM. Ah!

BALT. Yo haré que te arrepientas

de tu osadía. Dejarme

á mí feo una muñeca!

Desvelarme por tu bien,

y darme esta recompensa!

CARM. Yo...

- BALT. Quitate de mi vista,
que la cólera me ciega.—
Ven acá. (*La coje de la mano.*)
- ESTEB. Una buena zurra
le daría yo por necia.
Dar calabazas á un hombre
como yo!
- BERN. (*A Cármen en voz baja.*)
Firme! No temas.
- BALT. Elige, ó darle tu mano,
ó podrirte en una celda.
- CARM. Señor!..
- BALT. No me irrites mas.
Quieres con la inobediencia
labrar tu desdicha? Quieres
que te abandone y te pierda?
Quieres arrostrar el peso
de mi maldición eterna?
- CARM. Ah! no, no. Me casaré
aunque desolada muera.
Obedeceré á mi padre.
- BERN. Qué escucho! Tanta flaqueza!—
Mujer al fin.
- ESTEB. He vencido.
- BALT. Hija mia! Dulce prenda!
Ven á mis brazos. Tu edad
al error está sujeta;
bien lo sé: pero por fin
te veo entrar en la senda
del deber.—Vamos; no llores,
(*Le enjuga las lágrimas.*)
que ya mi enojo se templó.
Pobrecilla! Un tío injusto
te infundió malas ideas...
Vaya; no faltaba mas!
Ahora que se presenta
tan buen partido, quedarte
por darle gusto soltera!
- BERN. Muy pronto cantas victoria.
Si en oprimirla te empeñas,
las leyes la ampararán.
Yo las reclamo por ella.
Supone muy poco un sí
arrancado con violencia.
Si ella por temor sucumbe,
yo la salvaré por fuerza.
- BALT. Cómo?...

ESCENA VII.

CÁRMEN, D. BERNARDO, D. BALTASAR, D. ESTEBAN, DON
ABUNDIO.

- ABUN. Cual otro Mercurio,
si es lícito que me atreva
á similitud tan alta...
- BALT. Viene usted con esa flema
al cabo de tanto tiempo?
- ABUN. Esa canalla extranjera,
á la que ya es para mí,
pues me mantiene y alberga,
nueva dulcísima patria,
con súbita infanda guerra
pagó la hospitalidad.
No con apatía yerta
el riesgo de mis penates
debí mirar; que tal mengua
de una alma grande es indigna.
Así en la feral contienda
que hará inmortal nuestra gloria,
no ha sido imbele mi diestra.
- ESTEB. Miente el señor don Abundio.
- ABUN. Yo mentir? Hórrida afrenta!
Si al furor que me devora
soltar osára la rienda...
Pero yo soy generoso
y perdono tanta ofensa;
que si el furor tiene altares,
aun tiene mas la paciencia.
- ESTEB. Si apenas se armó la zambra
cuando tomó usted soletá,
cómo...
- ABUN. Y por ventura solo
con garrotes se pelea?
No es la pluma en este siglo
veinte veces mas sangrienta?
Yo me retiré, es verdad;
mas fué á estudiar una arenga
para animar á la pugna
á esa multitud guerrera.
Qué de batallas ganó
de un general la elocuencia!
Ah! Por qué sin escucharme
finásteis la lid horrenda?
Pero en esta sala al menos,

ya que no fué en la palestra,
voy á leer el aborto
de mi patriótica vena.

(*Saca un pliego de papel escrito por las cuatro caras.*)

«No de otra suerte, intrépidos guerreros,
que en el de las Termópilas barranco
del que azotára el Ponto las falanges
trescientos esparciatas humillaron;
ó cual allá en los campos de Farsalia;
ó cual allá en los mares de Lepanto;
ó cual allá en el lago Trasimeno;
ó cual allá en los muros de Cartago;
ó cual allá en Clavijo do el Apostol
seiscientos mil mató mahometanos;
ó cual allá ...»

BALT.

Basta, basta;
que ahora tengo mucha prisa.

Otra vez escucharemos
esa magnífica arenga.

ABUN.

Cuando usted la oiga, verá
qué nervio, qué efervescencia!

BERN.

(Vamos, ya está visto: todos
son locos en esta aldea.)

BALT.

Secretario, venga usted
conmigo, que hay diligencias
que practicar, y es forzoso
volver á entablar la fiesta.

ESTEB.

Y tenga usted entendido,
señor maestro de escuela,
que aquí persuade un garrote
mas que toda su elocuencia.

ABUN.

Quedó enterado.

BALT.

Yo cómo
con el señor don Esteban
en casa de un regidor.

No me esperéis.

(*A Cármen acariciándola.*)

Adios, perla.—

Y tú no me la seduzcas,
que te saldrá mal la cuenta. (*Váse.*)

ESTEB.

Que ustedes lo pasen bien.

Pronto daremos la vuelta. (*Váse.*)

ABUN.

(*Al salir, mirando á Cármen.*)

(Ay, cuál me tienen tus ojos!

Oh amor! *Oh pectora cæca!*

Oh inopia! *Oh magnun Jovis*

incrementum! Oh hijas de Eva!)

ESCENA VIII.

DON BERNARDO, CÁRMEN.

- BERN. Al fin se marcharon. Ya me faltaba la paciencia.
- CARM. Qué desventurada soy!
- BERN. No tanto como tú piensas. Aterrada has consentido en esa boda funesta; no importa. Procura ahora sacar fuerzas de flaqueza. Disimula tus pesares; finge que estás muy contenta; canta, rie, y deja obrar á tu tío.
- CARM. La dureza, las terribles amenazas de mi padre...
- BERN. Bagatela. Deja que amenace y jure; que voces de asno no llegan al cielo.—Ea, ten valor. Inútil es que yo emprenda tu salvacion, si despues en la estacada me dejas— Recuerdo que esta mañana me dijiste que te obsequia otro jóven...
- CARM. Si, señor; y lo que mas me atormenta es, el pesar que tendrá cuando en los brazos me vea de su rival...
- BERN. No me aturdas con lamentos de novela. Vamos al caso. Una vez que tú le amas de veras, será un muchacho juicioso y de las mejores prendas. Su familia será honrada... Eso si; es de las primeras del país, pero...
- CARM. Qué?
- CARM. Goza de muy limitadas rentas.
- BERN. Eso no le hace.—Y tu padre,

- sabe algo?
- CARM. Ah! Si lo supiera,
pobre de mí! Tiene horror
á toda la parentela
porque le han ganado un pleito.
Y ha sido de consecuencia?
- BERN. Qué! Puede que su valor
á cien ducados no ascienda.
- BERN. Vil avaro! (Ya está visto.
No encuentro yo aquí la piedra
filosofal.) Dí: tu amante
seguirá alguna carrera...
- CARM. Sí, señor.
- BERN. La medicina?
Gran profesion! Haya guerras
ó paces, nunca perecen
los médicos. A mil quiebras
todos vivimos sujetos;
pero el ramo de postemas,
cólicos y tabardillos
en todo tiempo prosperan.
- CARM. No sigue esa profesion,
aunque mucho la respeta;
y es muy humano mi novio,
aunque lo diga yo mesma,
para desear que Dios
nos envíe una epidemia.
- BERN. Pero en fin, qué estudia? Leyes?
- CARM. Sí, señor; y ya estuviera
recibido de abogado;
mas no puede hasta que tenga
veinte y cinco años, y cumple
veintidos por la cuaresma.
- BERN. Calla! Si será... Su nombre?
- CARM. Don Felipe de Villegas.
- BERN. El mismo. Bien parecido,
su tez un poco trigueña,
pero sonrosada y fina;
buen talle, gentil presencia,
hermosa cara, ojos negros,
y así... un aire de modestia
y de probidad...
- CARM. Convienen
perfectamente las señas.
- BERN. Con que no es exagerado
el retrato? Ah picaruela!
- CARM. Cuidado que usted tambien...

BERN. No puede una ser ingénuas.
Poco hace le he visto en casa
del médico. Su tristeza
llamó mi atención.—Supongo
que ya la causa penetras.—
El pobre muchacho! Yo
no cometí la imprudencia
de preguntársela. Hablamos
de diferentes materias,
y de instrucción no vulgar
me dió repetidas pruebas.—
Vamos; será mi sobrino.—
Cuando salió de la iglesia
hablé al cura en tu favor;
y no dudo que intervenga...

ESCENA IX.

DON BERNARDO, CÁRMEN, DOÑA MATEA.

MAT. (*Entra vestida como se usaba hace cien años, y hecha una furia.*)

Dónde está, dónde está el hijo
de mis entrañas! Mi Esteban;
la gloria de la provincia!
Qué embajada será está?
Embajada? Usted verá
la embajada que le espera.
Picarones! Seductores!
Se ha visto maldad mas negra!
Abusar de su candor;
burlarse de su inocencia,
infames! para casarle,
con quién? Con una cualquiera.
Oiga usted...

BERN. No quiero oír.

Si esa boda se celebra,
tengo de dejar memoria
de mi venganza sangrienta.

CARM. Pero, señora...

MAT. Oh! tú eres
la encantadora sirena
que me le tiene hechizado.
Miren la gatita muerta!
Miren cómo sabe hacer
su negocio! Y qué! tú piensas
pescarlo para marido?

CARM. Primero aspada me vea.
MAT. Al contrario; yo...
La casa
de los Oñates, y Heredias,
y Pimenteles, y Osorios,
y Castros, y Mendinuetas,
y Gamboas con un *quidam*
se ha de unir, que no se acuerda
nadie de quien fué su abuelo?
Es una infamia, una afrenta
que no la consentirá
la ilustre doña Matea.
CARM. Qué mujer! Pero si yo...
MAT. Qué valen las cuatro cepas,
y el olivar, y el molino,
y las tísicas ovejas
de tu avaricioso padre?
Todo eso es hambre, miseria.
Quereis sacar la barriga
de mal año con mis rentas?
Quereis?..

CARM. Por Dios, oiga usted!
MAT. Hipócrita! Zalamera!
Tú aspiras al alto honor
de tenerme á mi por suegra?
Si al momento no desistes
de tan temeraria idea,
te pondré donde mereces.
CARM. Se ha visto igual insolencia?
MAT. A mí usted?...
BERN. Vete de aquí;
porque esta mujer chochea.
CARM. Mejor es; que ya estoy harta
de oír sus impertinencias.

ESCENA X.

D. BERNARDO, DOÑA MATEA.

MAT. Cómo? Ella es la impertinente,
y atrevida, y mala hembra,
y...
BERN. Señora, tenga usted
un poco mas de prudencia.
La habrán informado mal
sin duda. Cuando usted sepa...
MAT. Todo lo sé; sí, señor;
y conmigo no se juega.

- Está usted?—Don Baltasar
qué hace que no se presenta?
BERN. Salió hace poco con su hijo
de usted á unas diligencias...
MAT. Pués! Serán las de la boda.
BERN. Tal vez.
MAT. Y con esa flema
lo dice usted? No lo extraño,
porque usted tambien usmea
la sopa boba.
BERN. Yo?
MAT. Usted;
pero es en vano. Aunque venda
la camisa...
BERN. Si yo soy
el que...
MAT. Pues; el que desea
la perdicion de su hermano;
el que á la niña aconseja
pensamientos tan altivos;
el que engatusa á mi Estéban;
el que...
BERN. Si usted me dejase
explicarme...
MAT. El que se mezcla
en lo que no le compete.
BERN. No hay tal cosa. Yo quisiera...
MAT. Mas yo escribiré á mi tío
el conde de la Verbena...
BERN. Que Cármen fuese feliz.
MAT. No es posible que lo sea...
MAT. Y á mi cuñado el virey;
y á mi prima la abadesa...
BERN. Con su hijo de usted. Qué vale
su decantada opulencia...
MAT. Y al embajador de Prusia;
y al gobernador de Ceuta...
BERN. Cuando el corazon... (No me oye.)
MAT. Señora!—Maldita seas!
MAT. Y al intendente de Murcia;
y al cabildo de Sigüenza.
BERN. Es usted mujer ó sierpe?
(Dónde estoy?) Con una recua
de demonios, quiere usted
oirme?
MAT. Raza perversa!
Canalla!

(Habian los dos á un tiempo y muy acalorados.)

BERN. (Si no la dejó voy á perder la cabeza. Sudo como un galeote.)
 MAT. (Abanicándose muy aprisa.) No lo dije? La jaquea!
 BERN. Qué gente, Dios mio! En hora menguada vine á la Sierra.

ESCENA XI.

DOÑA MATEA.

Oiga usted!... Gente ordinaria!
 Gente incivil y grosera!—
 Y se han de burlar de mí?
 Uf! La cólera me ciega.
 Hasta encontrar al alcalde
 correré toda la aldea,
 y donde quiera que esté
 le he de arrancar las orejas.

Si usted me dejase
 explicarme...
 El que se me da
 en lo que no le compete.
 No hay tal cosa. Yo padezco
 más yo casándose á mi
 el conde de la Verónica...
 Que Carmen frase feña.
 No es posible que lo sea...
 Y á mi cuando el vizco
 y á mi prima la abadesa...
 Con su hijo de... vale
 su decantada equitativa...
 Y al embajador de Prusia;
 y al gobernador de Cochin...
 Señora!— ¡Maldita sea!
 Y el intendente de Murcia;
 y el capitán de Siliencia...
 ¿Usted mujer á cargo?
 ¿Dónde estoy? ¿Con una
 de demonio...
 ¿Cómo?
 ¿Una por...
 Canalla!

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CÁRMEN.

Está anocheciendo.

Qué crítica, qué terrible
es mi situación! Si acepto
por esposo á don Esteban,
mi triste fin acelero:
si le rehuso, á mi padre
clavo un puñal en el seno.—
Qué haré!—Dejemos obrar
á mi tío. Por su medio
quizá lograré la dicha
de obtener mas grato dueño.—
La imprevista circunstancia
de oponerse al casamiento
doña Matea, pudiera
favorecer mis deseos
y... Quién entra?

ESCENA II.

CÁRMEN, D. FELIPE.

FELI. No te asustes:
yo soy.

CARM. Tú, Felipe!—Oh cielo!

Cómo te atreves á entrar
aquí? No sabes el riesgo...

FELI. No estando en casa tu padre
qué temes?

CARM. Ah! Pero el viejo

Lamprea...

FELI. Estamos seguros.

Anda por los aposentos

- de arriba. Acabo de verle desde el balcon de don Pedro.
- CARM. No importa. Vete por Dios: no me pierdas.
- FELI. Un momento...
- CARM. No, Felipe. Ah! Si supieras...
- FELI. Lo sé todo; y, satisfecho de tu cariño, no pienses que airado y celoso vengo a hacerte reconvencciones injustas. Mi único objeto...
(*Tose dentro Lamprea.*)
- CARM. Ay de mí! Ya baja. Le oigo toser.—Vete: aun será tiempo.—
(*Mira adentro.*)
- No: ya está aquí.—En ese cuarto...
- FELI. Maldito sea...
- CARM. Entra presto.
(*Entra D. Felipe en el cuarto de D. Bernardo.*)

ESCENA III.

CARMEN, LAMPREA.

LAMPREA trae un velon encendido y lo coloca sobre la mesa.

- LAMPR. Bendito sea por siempre y alabado... (*Tose.*) Qué tormento de tos! Un dia me ahoga. Triste pension de los viejos! Lo mismo es anochecer que así... (*Tose.*) á manera de muermo... Qué hace usted aquí, señorita, tan sola?
- CARM. Corre mas fresco que arriba.
- LAMPR. Si quiere usted compañía...
- CARM. Lo agradezco.
(No se marchará. Qué pelma! Estoy en brasas.)
- LAMPR. Y es cierto que se casa usted muy pronto?
- CARM. No sé.
- LAMPR. Yo en parte lo siento; (*Tose.*) porque se irá usted de casa, y... Pero qué buen sujeto es el señor don Estéban!

Bella estampa; muy buen genio;
campechano si los hay,
y hombre de mucho dinero.

CARM. Es verdad; pero si tienes
que hacer allá arriba...

LAMPR. Creo
que está usted de mal humor; (*Tose.*)
y es cosa rara por cierto
en visperas de casarse.

CARM. (Qué suplicio!)

LAMPR. Yo me acuerdo

que mi difunta Gregoria...

Téngala Dios en el cielo!

Cuando yo la festejaba...

Ay, señorita, qué tiempos
aquellos!...

CARM. Oh! basta ya...

LAMPR. Si incomodo...

CARM. No por cierto;

pero tengo poca gana

de conversacion.

LAMPR. Ya entiendo.

A usted no le gusta hablar

con un vejete estafermo.

Si fuera yo don Estéban... (*Tose.*)

Qué tos!—Vamos; ya la dejo

á usted solita.—Cuidado,

que es muy dañoso el sereno.—

Con que hasta despues.

(*Se va muy despacio.*)

CARM. Uf! Qué hombre!

Gracias á Dios...

(*A la puerta del cuarto de don Bernardo.*)

Sal corriendo.

(*Va á salir don Felipe, y al oír las voces siguientes vuelve á esconderse.*)

ESTEB. (*Dentro.*) Quién hace caso de viejas?

BALT. Pero es mucho atrevimiento...

(*Entran en la escena hablando.*)

ESCENA IV.

CÁRMEN, D. BALTASAR, D. ESTEBAN, D. ABUNDIO.

BALT. Insultar con tal descaro
á la autoridad del pueblo!

ESTEB. Es muy animal mi madre.

BALT. Si no me la quintan, creo

- que me araña.
- CARM. (Soy perdida si de aquí no los alejo.)
- BALT. Que dé gracias á que usted debe ser pronto mi yerno. No es verdad?
- ESTEB. Qué duda tiene? A mí me importa tres bledos la voluntad de mi madre; que mi gusto es lo primero.
- BALT. Pues siendo así, la perdono.— Con que no perdamos tiempo. El domingo la primera amonestacion. No es esto? (A *Cármén*.) Oh! Estás aquí! No te habia visto. Estamos disponiendo la boda.
- CARM. Bien.— Pero aquí para un asunto tan serio están ustedes muy mal. Puede entrar un indiscreto que los interrumpa. Arriba...
- BALT. No. Si ya estamos de acuerdo! Es cosa hecha. Mañana el contrato firmaremos. No es esto?
- ESTEB. Cuando usted quiera.
- CARM. (Mi vida está en grande riesgo si le descubren.)
- BALT. Muchacha, á tí no te para el cuerpo. Qué tienes?
- CARM. Nada, señor. Algo indispuesta me siento, pero... se me pasará.
- BALT. Has merendado?
- CARM. No tengo gana. (Dios mio!)
- BALT. Estás triste? No lo extraño. El mucho afecto que me tienes es la causa. Temes que tu casamiento nos separe? No lo creas, Carmencita. Viviremos todos juntos. Vaya, niña, alégrate.
- ESTEB. Fiel de fechos,

diga usted algo que nos haga reír.

ABUN. De Plauto y Terencio,
dilectos hijos de Apolo,
quisiera tener el plectro,
ó del que con culta vena
ilustró el hispano suelo,
Góngora insigne, que tantos
sutiles parió conceptos.

BALT. Aquí queremos reír,
y no dormirnos, maestro.
Deje usted su erudicion
á un lado; que los paletos
nos quedamos en ayunas
cuando nos hablan en griego.

ABUN. (Idiotas!)

ESTEB. Ahora es buena
ocasion para leernos
aquella arenga.

BALT. Es verdad.

Léala usted.

CARM. (Si á lo menos
viniera mi tío!...)

(Al sacar don Abundio el papelote del acto segundo deja caer otro sin advertirlo: lo coge don Esteban y lo lee para sí.)

ABUN. Dónde
quedamos?

BALT. Ya no me acuerdo.

Lea usted desde el principio.

ABUN. (Lee.) «Al peñagudense pueblo.»

ESTEB. Qué veo! Ah! bribon!

ABUN. (Lee) «No de otra

suerte, intrépidos guerreros»...

ESTEB. Calle usted ó le desnueo.

De ira estoy que reviento.

Usted mi rival, canalla?

Usted á mi novia versos?

ABUN. Cómo?...

ESTEB. Aquí están en mi mano.

No me dirá usted que miento.

Al suelo se le han caido

al sacar ese proceso

que iba á leer.

ABUN. Pero... si...

yo...

ESTEB. Escuche usted, señor suegro;

y verá usted...

- ABUN. (Si pudiera escaparme. .)
- ESTEB. (Asiéndole.) Quieto, quieto aquí! (Lee.)
«A la adorable Cármen, el cisne de los Cameros, don Abundio de Ruibarbo y Remolacha; soneto.— Y tú sufres oh amor! tan vil ultraje? Y, en vano por Carmela suspirando, quieres que vea en su regazo blando solazarse á un indómito salvaje?»— Ha visto usted qué insolencia? Llamarme á mí, un fiel de fechos, salvaje! Y enamorár á mi novia!
- ABUN. Pero si eso no es mio! Algun envidioso...
- ESTEB. Cómo! Aun tiene usted aliento para hablar?
(Amenaza á don Abundio, y don Baltasar le contiene.)
- BALT. Déjele usted.
Sin duda ha perdido el seso.
- ESTEB. Dejarle? No ha de salir de aqui vivo.
- ABUN. Me arrepiento: perdon!
- ESTEB. No hay perdon.
- BALT. Eh, vamos; basta que esté yo por medio...
- ABUN. Dónde me refugiaré?
En este cuarto...
(Va á entrar, y viendo á don Felipe, retrocede.)
Qué veo!
Un hombre oculto!
- CARM. (Buen Dios, á tu favor me encomiendo!)
- ESTEB. Un hombre oculto?
- BALT. (Gritando.) Lamprea, Macario, Cosme, Ruperto.

ESCENA V.

- CARMEN, D. BALTASAR, D. ESTEBAN, D. ABUNDIO, D. FELIPE,
dos criados.
- FELI. Aquí estoy, don Baltasar.
No hay que alborotar el pueblo.

- BALT. Qué veo? En mi casa usted!
Y escondido! Vive el cielo!...
- ESTEB. (Caracoles! Esto pasa
de castaño oscuro.)
(*Vienen los criados, y á una seña de don Baltasar se detienen
en el foro.*)
- BALT. Pero
no es usted, sino esa infame
en quien descargar yo debo
el rigor de mi venganza.
(No salí de mal aprieto.)
- ABUN.
CARM. Padre!
- BALT. ¿Aun te atreves, indigna...
- FELI. Mire usted que la defiende
yo.
- BALT. Usted?
- FELI. Sí, señor; y soy
capaz de cualquier exceso
si usted se atreve á ofenderla,
siendo de virtud modelo.
- BALT. Usted sabe con quién habla?
(*Don Esteban se pasea haciéndose el indiferente.*)
- FELI. Ahora solo miro al riesgo
de Carmen; y si no me hacen
dos mil pedazos primero,
no lograrán arrancarla
de mi lado.
- BALT. Oye usted esto,
don Esteban?
- ESTEB. Qué! Si estoy
pasmado! (*Sigue paseándose.*)
- ABUN. (Buen argumento
para un drama! Si no fuera
poeta y actor á un tiempo,
lo haria, solo por dar
una carda á ese mostrenco.)
- BALT. Usted, con qué fin ha entrado
aquí? Deseo saberlo.
- FELI. No acostumbro en parte alguna
á entrar con fines siniestros.
Sepa usted, si lo ignoraba,
pues ya ocultarlo no puedo,
que amo á su hija. No sé
si la ventura merezco
de ser suyo; pero el novio
que usted la destina, creo
que á pesar de sus riquezas,

- BALT. la merece mucho menos.
(*Aparte con don Esteban.*)
Y sufre usted que le ultraje
de ese modo?
- ESTEB. Eh!... le desprecio.
- BALT. Ignora usted, señor mio,
que á su familia aborrezco
de muerte?
- FELI. Es una injusticia.
- BALT. Pues ¿y el pleito que su abuelo
de usted me ganó?
- FELI. Sin duda
le asistió mejor derecho
que á usted: y aun cuando no fuera
así, qué culpa tenemos
los que no hemos litigado?
Acaso el ganar un pleito
es el pecado de Adán
que pasa al último nieto?
- ABUN. Distingo. Si el pleito...
- FELI. A usted
le dan vela en este entierro,
señor pedante?
- ABUN. A mí, no;
- FELI. pero...
Guarde usted silencio;
ó se lo haré yo guardar.
- ABUN. Será usted servido.
- BALT. Hablemos
claro. Usted de ningun modo
me conviene para yerno.
- FELI. No lo dudo; pero acaso
á su hija de usted convengo
más que don Estéban.
- BALT. Cómo!
Es decir que está de acuerdo
con usted..?
- CARM. Yo... padre mio...
- FELI. Contra el tirano precepto
de unirse á quien aborrece,
pues son en vano los ruegos,
vine á ofrecerla mi amparo.
Yo; sí, señor; no lo niego.
Nada he podido decirle,
porque no he tenido tiempo;
pero...
- BALT. Hipócrita, despues

que diste el consentimiento
á la boda proyectada,
cómo es que un galán te encuentro
escondido en ese cuarto?

FELI. Por la fé de caballero
juro á usted que está inocente
su hija: yo solo soy reo.
Aquí entré sin ser llamado,
y Carmencita, bien lejos
de aprobarlo...

BALT. Se concluye,
señor mío, de todo eso,
que usted es un libertino,
un desalmado, un perverso
seductor.

FELI. Señor alcalde,
poco á poco, que dicterios
semejantes...

BALT. Usted puede
hacer cundir en el pueblo
sus depravadas costumbres;
y yo, que no en vano ejerzo
la primer magistratura,
á todo trance resuelvo
librar á la juventud
de tan pernicioso ejemplo.—
Irá usted á un calabozo.
Yo?

FELI. Y para que otro muñeco
no venga á hacer cucamonas
á mi hija, en un convento
la tendré mientras celebra
sus desposorios.—No es esto,
don Estéban?

ESTEB. Sí; será
lo mejor.

*(Cansado de pasearse se sienta retirado; toma una guitarra y
la templa.)*

ABUN. (El estafermo
del novio con mucha calma
lo toma.)

FELI. Saber deseo
cuál es mi delito.

BALT. Ya
lo he dicho. El crimen horrendo
de seducción, con indicios

de raptó, y escalamiento.
y...

FELI. Es una calunnia atroz.
Cuando yo mi mano ofrezco
á Cármen y ella la acepta...

CARM. (Infeliz de mí!)
BALT. No es cierto.
Con quien ella ha prometido
casarse en este aposento,
hoy mismo, es con el señor.—
No es verdad?

ESTEB. Si no me acuerdo
de qué estaba usted hablando!

BALT. Ahora salimos con eso?
Me gusta la flema!

ESTEB. Yo
por tan poco no me altero.

BALT. Digo que á usted ya le ha dado
palabra de casamiento
la muchacha.

ESTEB. Quién lo duda?—
Maldita prima! (*Sigue templando.*)

BALT. Y yo quiero
que la cumpla.

FELI. Fué arrancada
por el terror. Más derecho

tengo á reclamarla yo,
porque me la dió primero.

BALT. Ómo primero? Hija vil!...

CARM. Padre, me habia propuesto
obedecer y callar;
pero llega á tal extremo
la tirania de usted,
que en dar mi vida consiento
antes que la mano á otro
que á Felipe.

BALT. Qué desuello!
Qué infamia! Hoy vas á morir!

(*Amenazada Cármen por su padre se ampara de D. Felipe.*)

ABUN. (El drama ya se va haciendo
trágico.)

FELI. Guárdese usted
de tocarla!

ESTEB. Yo no acierto
á templar esta guitarra.

ABUN. (Mejor será huir el cuerpo...)

BALT. Prendedle.

(Los criados hacen un movimiento hacia D. Felipe: saca este una pistola, y á su vista desaparecen: D. Abundio se guarece detrás de D. Estéban.)

FELI. Nadie se arrime,
ó le devano los sesos.

ABUN. Misero de mí!

BALT. Favor
á la justicia!

ESCENA VI.

CÁRMEN, D. BALTASAR, D. ESTÉBAN, D. ABUNDIO, D. FELIPE,
D. BERNARDO.

BERN. Qué es esto?

BALT. Qué ha de ser? Las consecuencias
de tus inicuos consejos.
Rebelármeme una hija;
aspirar á ser mi yerno
ese joven temerario;
y al querer llevarle preso
hacer armas contra mí.

BERN. Y qué hace usted ahí tan serio,
don Estéban?

ESTEB. Qué pregunta!
Pues qué no lo está usted viendo?
Tocar la guitarra.

BERN. Calla!
Y detrás el fiel de fechos...

ABUN. Soy filarmónico.

BERN. Ya.
Pues yo creí que por miedo...

ABUN. No, señor; es precaucion.
Caveant consules...

BERN. Entiendo.—
Basta de escándalo, hermano.
Los chicos, por lo que veo,
se quieren. Cásalos tú
antes que se casen ellos.

BALT. Primero me vea yo
con una argolla en Marruecos.

ESTEB. (*Cantando por el aire del fandango.*)

«Yo soy aquel que subí
hasta el último elemento...»

Qué demonio de guitarra!
Si esto parece un cencerro!

(*La deja sobre una silla.*)

- BERN. Miren por dónde se apea
el señorito!
- BALT. Celebro
la ocurrencia, amigo mio.
Cuando estoy hecho un veneno
se pone usted á cantar!
- ESTEB. Toma! Pues estamos frescos!
No le han de dejar á uno...
Cada uno tiene su genio.—
Con que uno ha de ir á matarse
porque usted... No es mal empeño!
- BERN. Vamos; ten calma, y escucha.
La boda que te has propuesto
no se verificará
de ninguna suerte. Hay medios
legítimos de evitarla.
Yo ya he tomado al efecto
mis medidas.
- BALT. Yo sabré
desvanecer tus intentos;
y si me apuras un poco
puede ser que...
- BERN. Ya te entiendo.
Me meterás en la cárcel;
¿no es verdad?—Vamos; yo espero
que todo se compondrá
felizmente; en prueba de ello,
guarde usted esa pistola,
señor don Felipe.
- FELI. Pero...
- BERN. No hay pero que valga.
- CARM. Yo
te lo suplico.
- FELI. Obedezco.
- ESTEB. Esta es mano de cigarro.
*(Saca una gran bolsa de vejiga, y de ella tabaco que pica con
una descomunal navaja; hace un cigarro disforme; echa yes-
cas, á pesar de haber luz; lo enciende y fuma.)*
- ABUN. *(Volviendo al medio de la escena.)*
Ya la guardó. Respiremos.
- BERN. Ahora los dos pedidle
perdon con mucho respeto.
- BALT. No perdono.
- CARM. *(De rodillas, y lo mismo D. Felipe.)*
Padre mio!
- FELI. Señor!...
- BALT. Quitaos de enmedio.

- Soy inflexible.
- CARM. Mi llanto...
- BALT. Aunque todo el universo
se empeñara...
- BERN. Qué dureza,
- Baltasar!
- FELI. Ay! A lo menos
no la vea yo enlazada...
- BALT. Con doscientos y el portero
déjenme ustedes en paz; (*Los hace levantar.*)
que ni me ablandan lamentos,
ni me aturden amenazas.
(*Coge de la mano á D. Estéban que le sigue como forzado.*)
Venga usted acá. Al momento (*A Cármen.*)
la mano que me ofreciste,
sin réplica... Está usted lelo,
don Estéban?
- ESTEB. Es que yo...
Sabe usted lo que yo pienso?
Que es mejor que se la dé
á don Felipe.
- BALT. Eh, dejemos
bromas á un lado.
- ESTEB. Qué bromas?
Lo digo como lo siento.
Porque, mire usted, mi madre
no quiere que nos casemos;
y por no oírla gruñir...
- BALT. Estoy soñando ó despierto?
Pero usted?...
- ESTEB. Mire usted: yo
soy caviloso en extremo,
y... Vamos; si me casara
con ella... Porque lo cierto
y lo seguro es que Cármen
tiene ya su quebradero
de cabeza. No es así?
Y... como dice el proverbio,
quien bien ama, tarde olvida.
No haga el demonio que luego...
Lo que es la chica es muy guapa;
eso es otra cosa; pero...
qué quiere usted que le diga?
No es tanto, tanto mi afecto
que apechugue... Mire usted;
yo por otra parte... hablemos
claros, hacia una boda

muy desigual. Mis inmensos
caudales... Bien es verdad
que si me hallaba dispuesto
à casarme, yo soy franco,
era con el solo objeto
de no entrar en quintas; pues:
porque yo no tengo apego
à la milicia; y me bastan
los timbres de mis abuelos,
sin exponer mi pelleja
por adquirir otros nuevos.
En fin, cada uno se entiende.—
Buenas noches, caballeros.

ESCENA VII.

CARMEN, D. BERNARDO, D. BALTASAR, D. ABUNDIO, D. FELIPE.

BALT. (No sé dónde estoy. Me ahoga
la cólera, y no me atrevo
de vergüenza à alzar la vista!)

BERN. Chico, ningun sentimiento
debe darte su inconstancia.
Antes parece que el cielo
lo ha dispuesto por tu bien
y el de Càrmen.

BALT. Le prometo
que me las ha de pagar.

BERN. Al contrario; yo en tu puesto
iria à darle las gracias.

ABUN. Si en tan crítico momento
me es lícito hablar, insigne
don Baltasar...

BALT. Bien: con menos
preámbulos diga usted
qué quiere; y nada de textos
ni...

ABUN. Con lenguaje pedestre
digo pues que soy maestro
de primera educacion
en este dichoso pueblo,
y secretario además
del ilustre ayuntamiento.
Ambos empleos bien dejan
à mi bolsa de provecho
trescientos ducados. *Item:*
en breve obtener espero

la plaza de sacristan,
que rendirá por lo menos,
sin la cera y otros gajes
legítimos, otros ciento.

Son cuatrocientos ducados:
Agregue usted á todo esto....

BALT.
BERN.

Eh! Basta...

No le interrumpas,
que me divierte en extremo.

ABUN.

Lo que deben producirme
ocho ó diez resmas de versos
que puedo hacer en el año
para dias, casamientos,
bautizos, páscuas, *et cætera*,
y el *Desiderio* y *Electo*,
ó sea *Luz de la fe*
y de la ley, que muy presto
daré á la prensa en octavas
reales.

BALT.

Qué lenguaje de hierro!
Al caso, al caso.

ABUN.

Con tantos
emolumentos, ya puedo
vivir con comodidad
aunque se me agregue el peso
de nuevas obligaciones.

FELI.

BERN.

(Qué moscardon!)
(Yo no puedo
contener la risa.)

BALT.

Vamos;
y á qué fin...

ABUN.

El majadero
de don Esteban renuncia
al dulcísimo himeneo
de la incomparable *Cármén*.
Usted, por lo que comprendo,
no desea emparentar
con don Felipe.—Tercero
en discordia aquí estoy yo,
que á sus piés rendido ofrezco
mi...

BALT.

Quite usted de delante.
Habrá mueble! Pues es cierto
que la boda...

ABUN.

Calabazas?
Bien: no riñamos por eso.
Yo me casaré con otra,

BERN. ó me quedaré soltero.
Bravo! Eso es lo que se llama
grandeza de alma.

ABUN. Oh! Yo venzo
fácilmente mis pasiones...
cuando no hay otro remedio.—
Mas daré la última prueba
del cariño que profeso
á esta amable señorita.
Creo que el mejor obsequio
que la puedo hacer ahora,
es el quitarme de enmedio;
y por tanto, tengo á bien
largarme con viento fresco.

ESCENA VIII.

CARMEN, D. BERNARDO, D. BALTASAR, D. FELIPE.

FELI. Qué original es el hombre!

BALT. Á no ser por mi despecho,
mucho hubiera celebrado
su petulancia.

BERN. Supuesto
que quedó por don Felipe
el campo, ya es hora...

ESCENA IX.

CARMEN, D. BERNARDO, D. BALTASAR, D. FELIPE, DOÑA
MATEA.

MAT. (*A la puerta y entra luego.*) Puedo
entrar?

BALT. Segun. Viene usted
de paz, ó de guerra?

MAT. Vengo
decidida á que seamos
amigos; y lo seremos
si usted quiere.

BALT. En hora buena.

BERN. (*Otra tempestad me temo.*)

MAT. Sé que Estéban no está aqui,
y esta ocasion aprovecho
para ver de dar un corte
al asunto, porque aprecio
mucho la paz.

BALT. Ya es inútil...

MAT. He tomado por empeño

que no se case mi Estéban con su hija de usted.

BALT. Lo creo;

pero ya...

MAT. Suplico á usted no me interrumpa, que luego concluyo. Estos matrimonios desiguales son funestos por lo regular. Mi Estéban está enamorado, ciego de la chica...

BALT. Usted sin duda no sabe...

MAT. Pero sus genios estan en contradiccion. El es de un temperamento vivo, impaciente, fogoso; y su hija de usted, hablemos claros, apática, fria...

FELI. Qué dice usted?...

MAT. Los primeros quince dias será todo glorias y deleites; pero es natural que despues entren los remordimientos. Porque Estéban sentirá verse con nudo perpétuo enlazado á una familia tan inferior...

BALT. Cómo es eso?

Mi familia...

MAT. La muchacha, á quien no mueve otro objeto que el interés...

CARM. Oiga usted! Ni yo he menester, ni quiero nada de nadie.

BALT. Señora, acabe usted de molernos.

MAT. En una palabra, exijo de usted, por no andar en pleitos, que se oponga como yo á ese injusto casamiento.

BALT. Si usted me dejase hablar...

MAT. Y si acaso hay de por medio compromisos de otra especie... Porque el muchacho es travieso,

- y el demonio que anda listo...
BALT. Ya me falta el sufrimiento.
FELI. Si usted se atreve á poner
en boca...
MAT. Yo haré un esfuerzo,
y veré de asegurarla
una pension de trescientos
ducados, si ella se quiere
retirar á un monasterio.
BALT. Tome usted pronto la puerta;
porque si llevar me deajo
de mi furia...
MAT. Puedo hacer
mas que dotar...
BALT. Los infiernos
no han vomitado una bruja
tan bruja.
MAT. Pobre y soberbio!
Despues que una...
BALT. Calle usted;
calle usted, ó no me acuerdo
de que es mujer, y si vuelve
á alzar el grito, la estrello.
Energúmena!
MAT. Qué insulto!
Yo energúmena.
BERN. Acabemos.
Mi sobrina no se casa
con su hijo de usted...
MAT. Me alegro.
BERN. Ni emparentar deseamos
con semejante camueso.
MAT. Camueso! Un hombre como él
que cuenta diez y ocho abuelos
y..
BERN. Con que si usted no quiere
que la falten al respeto,
calle, y váyase con Dios.
MAT. Sí: me voy; que me desdeño
de alternar con una gente
tan de poco más ó menos. (*Vase.*)

ESCENA ÚLTIMA.

CARMEN, D. BERNARDO, D. BALTASAR, D. FELIPE.

- BALT. Oiga usted!...
BERN. Déjala. Es loca.

- CARM. Gracias a Dios que me veo libre de ella.
- FELI. (A *Cármén* aparte.) Buena suegra te esperaba!
- BERN. Ea, saquemos de penas á estos muchachos, y á un lado resentimientos.
- BALT. Supuesto que tú te empeñas, y que ellos se quieren, bueno; que se casen.—Pero tú sabes como están los tiempos. La cosecha ha sido mala.
- BERN. No importa; eso es lo de menos.
- BALT. Las heladas... la langosta... las alcabalas... el diezmo...
- FELI. No es el mezquino interés el que me mueve...
- BALT. Los pleitos me arruinan....
- BERN. Ya me hago cargo...
- BALT. Es un horror lo que debo.
- BERN. *Cármén* se contentará con unos treinta mil duros de dote. No es verdad, niña?
- BALT. Treinta mil? Qué estás diciendo? Ni mil, ni ciento, ni diez...
- BERN. Si soy yo el que los ofrezco!
- BALT. Acabáras. Pues entonces, que se casen, y *laus Deo*.
- CARM. Padre mio!
- BALT. Ea, venid, os estrecharé en mi seno.
- FELI. Oh! ventura!
- BERN. Y yo en el mio.
- CARM. Ah! Cómo pagar podremos...
- BERN. Bagatela!
- FELI. Será eterna mi gratitud, y...
- BERN. Silencio.— Despues que he gastado tanto en vicios y devaneos, razon es que alguna vez emplee bien el dinero. Solo exijo de vosotros un corto favor.
- CARM. Qué puedo

- FELI. negar á mi bienhechor?
Para mí será un precepto
sagrado...
- BERN. Quisiera ser
vuestro padrino.
- CARM. Qué esceso
de bondad! Y por favor
nos lo pide usted?
- FELI. Yo acepto
con el mayor regocijo
tan alto honor, tanta...
- BERN. Pero...
hay una dificultad.
- BALT.Cuál?
- BERN. Que mañana me ausento.
- BALT. Por qué?
- CARM. Adónde?
- BERN. Si dos dias
en el lugar permanezco,
voy á enfermar.
- BALT. Pero apenas
has descansado...
- FELI. A lo menos
hasta que se haga la boda...
- BERN. No os canseis. Ya lo he resuelto.
Quereis venir á Madrid
conmigo?
- FELI. Yo, desde luego.
- BERN. Y tú?
- CARM. Si mi padre quiere...
- BALT. No solamente lo apruebo,
sino que iré á acompañarte.
- BERN. Pues no se pierda un momento.
Mañana dije? Esta noche
partiremos con el fresco.
- BALT. Pero, hombre, ¿es posible?...
- BERN. Estoy
de aldea hasta los cabellos.
- BALT. No dijiste esta mañana
que, harto ya de los enredos
y el bullicio de la Côte,
venias con el objeto
de fijarte para siempre
en el lugar?
- BERN. No lo niego;
pero yo habia formado
otra opinion de los pueblos.

Pensé que todo era paz, candor
y virtud en ellos.
Ah! La experiencia es el libro
mejor; bien dice el proverbio.
Aquí la sórdida envidia
tiene fijado su imperio;
aquí á la voz de la sangre
se impone un atroz silencio;
aquí el noble es orgulloso,
y envilecido el plebeyo;
aquí hay discordias, intrigas,
calumnias, rencores, pleitos,
señoritos mal criados,
y hasta pedantones nécios.
La urbanidad, ni se sueña;
la ignorancia está en su centro;
se atropella á la justicia;
se apalea al forastero;
se llama alegre al borracho;
al desvergonzado ingénuo;
al asesino valiente...
Qué horror! *A Madrid me vuelvo;*
que allí hay mas comodidades
si los vicios no son menos;
y entre gente racional
no viviré tan expuesto
á morir de un trabucazo,
ó á consumirme de tedio.

1848
The first of these is the
fact that the population
of the country has
increased rapidly since
the year 1800. This
is due to a number of
causes, the most
important of which
are the following:
1. The discovery of
gold in California
in 1848, which
led to a great
influx of people
to that country.
2. The discovery of
gold in Australia
in 1851, which
led to a great
influx of people
to that country.
3. The discovery of
gold in New Zealand
in 1861, which
led to a great
influx of people
to that country.
4. The discovery of
gold in South Africa
in 1870, which
led to a great
influx of people
to that country.
5. The discovery of
gold in Canada
in 1875, which
led to a great
influx of people
to that country.
6. The discovery of
gold in the United
States in 1876,
which led to a
great influx of
people to that
country.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librería de la Sra. Viuda é hijos de D. José Cuesta, calle de las Carretas, núm. 9.

PRECIOS.

En cuarto mayor; 4 y 5 reales.—En octavo, 4, 6 y 8 reales.—EN ULTRAMAR, los establecidos por los comisionados.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA DRAMÁTICA.
Pueden hacerse tambien los pedidos á esta Casa, ó librería de Cuesta, acompañando su importe en Libranzas del Tesoro, ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos. Se pedirán tambien en BARCELONA, á D. Isidro Cerdá, Calle de la Princesa, núm. 12, principal.